

“Me atraen los psicópatas, sobre todo por esa incapacidad de sentir a los demás”, en esto pensaba entre tanto se bebía el café junto a una amiga que no era su amiga.

—Pero, cuéntame algo entretenido. Estamos acá, calladas —dijo Carol, mientras no dejaba de hurgar su celular.

—¡Vaya! ¡Si era para sacudir tu aburrimiento, no habría venido!

Y abruptamente se levanta de la mesa y se marcha. Carol le lanza un grito burlesco.

—¡Amargadaaaa! Ja, ja, ja.

Continuó su marcha por la ciudadela con su enojo marcado en cada paso, marcado en el movimiento tieso de sus brazos, en la expansión de sus pupilas, y rabiando: “Amargada, sin chispa, el alma de los funerales. ¡Ja! ¡Qué no me han dicho! Ellos, los arlequines, los hippies eternos. ¡Malditos!”. Este es su peor conflicto, el enojo. Había practicado desde yoga a tai chi, estudiado desde religiones a manuales de superación, nada se le escapó. Pero su enojo era igual a un enamorado obsesivo, siempre listo para engullirla. Cumpliría medio siglo y en medio siglo no había avanzado nada, excepto su ira. Con su mente ocupada no se dio ni cuenta cómo llegó a la costanera. Se sienta en una murallita a respirar el oleaje marino. Tampoco se percata que en esa murallita está sentado un hombre, cerca, muy cerca. Él la observa un poco dubitativo y le pregunta:

—¿Melisa?

Ella, muy sorprendida, gira con el ceño fruncido a punto de tirarle una grosería, pero en un segundo su memoria le muestra un rostro, y ve una mejilla roja, muy roja, y ve su brutal cachetada dada a ese rostro causada por un beso inesperado. Ese día no aceptó ninguna disculpa de su amigo, ni ningún otro día. Treinta años después, está ahí, Emiliano, con sus canas al viento, sonriendo.

—Sí, soy Melisa. ¡Y, tú, qué haces aquí! ¡Qué quieres! ¿Decirme que mi boca es grasienta? —dice con tono áspero, pero luego, abrumada, se cubre la cara con sus manos.

—¿Quién dijo eso? A mí me gustaba la chica dueña de esos labios. Solía decir: “Al menos en mi mejilla tengo la mano de Melisa”, ji, ji, ji.

—Discúlpame, por favor. Me voy. ¡Qué vergüenza! Soy un desastre...

Él roza su brazo pidiéndole que se quede, que le acompañe a mirar la puesta del sol, o bien, compartir ese desastre. Melisa siente un algo de calma, no solamente en el delicado roce, también en su voz, en sus castaños ojos. Él, una fresca brisa; ella, una cachetada lanzada a la vida entera. Después, con cierto ahogo, dice:

—¿Sabes? Hubiese querido ser una psicópata, sentir únicamente por mí. ¡Un soberano pepino la gente! No, no sería una amargada, la sin chispa, el alma de los funerales. Esta rabia es mi patria. Es mi casa. ¡Santo Dios! ¡Qué horrorosa soy! Perdón...perdón.

En ese segundo se recuerda como la “buena para nada”, carente de la gracia de sus primas, y por mucho que la incentivaron a ser como ellas, no lo consiguió. Una vez dibujó un gato verde con antenas, un gato marciano, estaba contenta, se le había ocurrido sola. Sus familiares notaron que las antenas salían de la cola en vez de la cabeza del gato, fue en lo único que se fijaron. Luego, una de sus primas dibujó rápidamente un verdadero gato marciano, con sus antenas en la cabeza. Fue aplaudida por todos, su prima sí era una artista. Y si no era esta prima, era la hija de la vecina, era cualquier otra, mas, nadie quería parecerse a la “buena para nada” y menos con sus arrebatos de ira. Así había sido su vida.

—Melisa, imagina si la ola quisiera ser una manzana, al rato una montaña. Sería una ola muy iracunda. Sin duda se vería a sí misma bastante horrorosa.

—Pero si una ola no piensa —responde seria.

—Exacto, porque no piensa, tampoco desea, no está preocupada en ser algo, ya es. No hay adjetivos, ¿para qué?

—¿Y si son las otras olas pidiendo que debe ser una ola feliz, ser una ola cantante? Dime, cómo se eliminan esas malditas olas? ¡Cómoooo!

Otra vez recordó la cachetada. Una amiga, que tampoco había sido su amiga, le contó que Emiliano robaba besos para determinar qué labios eran los más dulces, sin embargo, unos labios gordos como de Melisa tenían que saber a grasa de pollo, no azucarados como los de las demás chicas. Ella creyó todo esto, y vino la

furia. Todas se iban a reír al comprobar, a través de Emiliano, que su boca era realmente grasosa. Nunca supo que una mentira tiene, también, las patas muy largas, pueden durar treinta años.

—¿Eliminar las olas? De paso deberás eliminar el mar. Date cuenta, si sabes quién eres en esencia y otro te dice: “Debes ser un semáforo”. ¿No te sería absurdo, chistoso?

—Me haces sentir ridícula. Pero, el semáforo es hasta llamativo...

Vio de nuevo a su gato marciano y cómo en el tiempo había ido dibujando a escondidas su no arte... Sus árboles con bototos para correr cuando surgiera un incendio, o su sol con sombrilla para saborear la sombra. Cientos de dibujos ocultos como delincuentes, presos como ella. Sin embargo, en su recodo más íntimo contenía su alegría chiquita, un diminuto espacio de libertad. Pensó: “Oh, libertad presa y frustrada”.

—Llamativo o no —dice Emiliano—, es una cuestión mental, gustos. La dicha interior no es una opinión. Te cuento; cuando me propuse ser jardinero me querían matar en mi casa, no era posible no querer ser como mi hermano, dueño de un fino café. Les dije: “No soy mi hermano, lo lamento por ustedes”. No puedes elegir si dudas.

—Elegí tener rabia. ¡No, error! Quedé enrabiada por no ser lo que ellos querían. Y tú, armónico... con tu jardín. ¡Vaya! Lo debes disfrutar con tu mujer, con tus hijos.

—Igual quiso matarme. Añoraba un fino café como el de mi hermano, ja, ja, ja. No hubo hijos, le fue fácil irse. Después de algunos años incluso hice un invernadero. Es mi dicha, es mi esencia, es la tierra, las flores, el perfume de la vida.

“Qué tontera...”, se dijo a sí misma, “Él es un jardín, mientras yo tengo una grasa de pollo por labios”. El oleaje va y viene unido al crepúsculo, es danza oceánica al son de una lozana luna. De repente, ¡paf!, siente a Emiliano como si le hubiese dado una cachetada, no, toda la naturaleza dándole una bofetada a lo más profundo. Tan profundo que allí siquiera están las palabras, ninguna, ni rastros de su indomable rabia. Solamente sus dibujos navegan... preciosamente libres... sus ojos lloran, toda ella lloraba.

—Emiliano...—dice casi susurrando.

—¿Sí...? —le responde suavemente.

—No sé lo que siento. No puedo definirlo. Es un no sé grandioso este llanto que ríe. ¿Qué me has hecho...? Fue tu jardín...?

—No... sido el tuyo —asevera sonriendo, y acerca su mano al pecho de Melisa, enseguida agrega—, sí, se ha desvanecido el desastre.

Queda sólo una gota de crepúsculo y dentro de ella dos seres que parecen pájaros, dos flores al viento... una ola única color naranja.

.....

